

EPIGRAMAS EN PROSA

FRANCISCO PÉREZ DE ANTÓN

Augusto Monterroso acaba de reeditar en España sus *Obras completas y otros cuentos*, título socarrón si se piensa que éste fue su primer libro. De Monterroso, mejor conocido en el mundo que en su propia patria –y que debe de tener muchos seguidores entre el clero, pues incluso ha sido traducido al latín– es el cuento más breve de la historia de la literatura. Su título es “El dinosaurio” y dice textualmente: “Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí”.

Escritor de brevedades, Monterroso sabe muy bien que, en última instancia, es el lector el gran oficiante de los cuentos, el artífice capaz de interpretarlos a su aire, concluirlos o estirarlos hasta hacer de ellos algo propio.

De ahí que busque entregar en cada relato, y con la mayor economía de medios (“tres renglones tachados valen más que uno añadido”, como él mismo dice), esa yerbita de saber con la cual uno podría pasarse rumiando toda la tarde. Lo que es muy de agradecer, pues, la cantidad de conocimiento inútil que uno debe digerir con cuanto lee, sólo es comparable a esos volcanes de caña molida que los ingenios acumulan al cabo de la zafra. Quizá por eso, y porque uno creció escuchando fábulas, ese género que de niños nos hacía sentir más cerca de los animales que de las personas adultas, soy un entusiasta de Monterroso, autor de cuentos de hojaldre para ser ingeridos de un bocado.

En Monterroso, la fábula viene a ser la vida, escrita en clave menor, y su protagonista el hombre común que se siente incapaz de entender su mundo. Ácido a veces, festivo otras, Monterroso es, sin embargo, un escritor comprensivo con ese hombre y con una realidad triste y gris que él sabe transformar con su arte en espléndidas miniaturas literarias.

La fábula adquiere así la forma de una crítica soterrada en la brevedad de la anécdota. Y la originalidad de nuestro autor consiste en no proponer ejemplaridad alguna, como hacían los fabulistas clásicos para justificar sus alegorías. Toda moraleja es, ya se sabe, opinable. Y Monterroso supone que el lector tiene el suficiente discernimiento para encontrarla por su cuenta, a diferencia de tanto predicador que hoy nos asfixia con empalagosos bizcochos –auténticos “borrachos” de moralina–, los cuales tanto contribuyen a engrosar las alforjas de la sapiencia inservible.

Con la omisión de la moraleja, pues, la fábula se ha convertido en un género renovado que yo me atrevería a definir como un epigrama en prosa. Entre la intención satírica o zumbona de un cuento de esta índole y la de “amar a la patria es un incesto; / otra cosa es amar el presupuesto”, sólo existe la disparidad de la forma.

La contraportada de estas *Obras completas* de Monterroso trae también una cita de Italo Calvino en la cual este último propone una colección de cuentos de una sola frase, o una sola línea, aunque confiesa que todavía

no ha encontrado a nadie que supere al escritor guatemalteco. Fallecido recientemente, Calvino no llegaría nunca a ver esa colección. Uno, en cambio, acaba de leer otra que hubiera hecho las delicias del gran escritor italiano. Su título es *Las últimas palabras* y su autor –otro guatemalteco– se llama José Barnoya. Huelguero ilustre, conversador jocundo y dómine de la síntesis, Barnoya toma la tradición de Monterroso –a quien por cierto está dedicada la colección– para escribir 24 narraciones diminutas, 24 restallantes latigazos que son un prodigio de ingenio.

La obra toma su título del primero de los relatos, el cual no me resisto a transcribir: “Agonizante, el dictador entreabrió la boca para decir: Perdono a todos y cada uno de mis enemigos con la única condición de que no asistan a mi entierro. Pueden quedarse en sus tumbas.” Si el arte es largo y la vida es breve, he aquí una buena razón para llevarle la contraria al clásico y decir que, cuando el arte es breve, la vida puede ser más larga y llevadera.